

Diálogo en el intermedio

—Oi pi, Pe-
pe!
—¿Qué hay
Ladislao. Qué
me dices de

la actividad de estos últimos días? Porque supongo que te habrás enterado....

—De todo. Pero como comprenderás, ni aún poniendo a contribución ni hora 25, me fué —posible asistir— a tantas manifestaciones de nuestra vitalidad.

—El viernes por lo menos, ya que no había otra cosa, estarías en el reparto de premios del Concurso Literario...

—No. Y me duele sinceramente no haber podido ser testigo del triunfo que, según me dicen, obtuvo la Romea en esta nueva modalidad del teatro leído, pero yo no acostumbro a noctabular... para estas cosas.

—Pues yo te ví el sábado a eso de las once de la noche.

Bueno; el sábado ya fué harina de otro costal. Estaba el grupo coral por las calles haciendo su agosto; la boîte Seis en plena actividad; el equipo de atracción de forasteros haciendo horas extraordinarias; cinco barcos en la bahía; centenares de obreros en el puerto....

—¿Y fué todo eso lo que te lanzó a la calle, contra tu costumbre?

—Algo de eso, y luego también los combates de boxeo que habían anunciado en Casablanca y que de ninguna manera hubiera querido dejarme perder. El local y las ventanitas adyacentes estaban rebosantes de periódicos y de público distinguido; el ring rebosaba, cuerdas, maderos y carne humana y el ambiente en general rebosaba categoría de capitalidad, deporte sano y viril, progreso....

¿Así los combates estuvieron bien?

—Te diré. Los combates fueron muy combatidos por los asistentes ansiosos de las emociones fuertes. Pero cuando salió nuestro vecino García se puso la afición en el bolsillo y se hubiera puesto asimismo el local entero con recaudación incluida a no ser que los combates de los luchadores desmontaron el ring y tuvimos que salir a la calle antes no nos desmontaran a nosotros. Te hubiera gustado.

—No lo creo. Yo soy hombre pacífico. Prefirí ir al Bahía a documentarme sobre la manera de pulverizar el mundo con un hermoso juego de pretones y electrones que se han inventado los sabios esos.

—Hoy he hablado con uno de los cuarenta y nueve que allí estuvieron y me ha dicho que se perdió en la inmensidad de los espacios microcósmicos.

—Lo cierto es que se nos llenaron los bolsillos de ceros y de átomos de hidrógeno pero salimos con la satisfacción de saber como construirnos una pequeña bomba atómica para nuestro uso particular.

—Nada ¡Nada! Aquí la única bomba atómica es la que ha lanzado estos días la Romea al anunciar «El Escudellómetro» interpretado por Narciso Ribot.

—Ciertamente. Y es que son muchos los que en su interior mantienen vivo un grato recuerdo de la obra y del intérprete. En cuanto se supo la noticia, el interés por «La cura d'amor» ha pasado a segundo término.

—Pues mira que se me ha asegurado que en esta «Cura» hay risa para todo el año.

—Así sea. Y quiera Dios que no tengamos un desengaño como con el equipo de Balon-

Archivo de CORTESIAS

Por primera vez en mi vida, he visitado y conocido San Feliu de Guixols; pero diría que, ya de tiempo, lo llevaba en mi corazón. Quizá porque la sangre balearica que corre por mis venas me impulsa hacia las rocas y los puertos que baña el mediterráneo; quizá porque mi concepto del arte y de la vida me lleva hacia todo lo que, como San Feliu, es luminoso y sereno. Quizás porque, en el fondo de mi alma, había un presentimiento de las horas inolvidables que he vivido en esta maravillosa población.

F. Alfonso Orfila

23 - IV - 54

Una vez yendo de excursión con mis compañeros, los que formábamos una agrupación de aficionados al Teatro, tuve el placer de pasar unas buenas horas en esta bella población de la Costa Brava. Lástima que el tiempo corre más aprisa de lo que quisiéramos y en seguida nos llegó la hora de la partida... Me pareció que me dejaba algo y que un día tendría que venir a recogerlo... Sería la mención honorífica de hoy? Quizá sí, quizá no..

Me siento honrado con ella y estoy orgulloso de que en esta especialidad dentro del Certamen Literario, figure mi nombre cerca del de un autor que sigue la trayectoria que en su día fijara su glorioso padre, nuestro llorado maestro José M. Folch y Torres.

PEDRO VILA

cesto que creíamos que sería un sobresaliente y hace ya dos domingos que lo suspenden.

—Cuando juegue el equipo femenino que está entrenando el deportista número 1, el baloncesto volverá a tener interés.

—Y relieve. ¡Si señor!

Ladislao.

Ficción y realidad

Cine japonés

Aun sin haber visto ni una sola película japonesa, sabemos que el cine japonés ha de ser interesante. Eminentes críticos afirman que posee ejemplares de auténtica antología, y que son aportaciones valiosísimas al Séptimo Arte.

Los japoneses aprendieron a hacer cine en Norteamérica. Desde que Sessue Hayakawa se fué a los Estados Unidos en calidad de simple actor han pasado muchos años. El cine japonés verdadero, como a tal, debe datarse, aproximadamente, del año 1930, o alrededor. Los estudios nipones comenzaron entonces a realizar películas de un modo ininterrumpido, y a perfeccionarlas.

El alma japonesa es tan complicada, y tan sencilla al propio tiempo, que resulta difícil creer que las películas que hoy los japoneses presentan a los certámenes internacionales son exponente de todo cuanto se hace en los estudios del Japón. Debe de haber, como en todas partes, un nivel más bajo de película, y se deben de realizar obras más superficiales. Ahora bien: los japoneses han ofrecido siempre, en todos los terrenos, una característica de tenacidad sorprendente: cuando se han presentado a competir lo han hecho con la casi seguridad de imponerse. Recuérdese lo que ocurrió en natación olímpica en el año 1932, en Los Angeles. O, no hará más de cuatro años, en tenis de mesa.

Así al buscar salida para su cine, y extenderlo en forma propagandística de un modo internacional, los japoneses han apuntado alto. Tan alto que, si bien han merecido recompensas muy honrosas en el terreno de la crítica más exigente, una gran parte de los públicos del mundo se sonríe o comenta jocosamente las incidencias de sus films. Ello puede ser debido a que, pese a la perfección formal de la fotografía (¿por qué no habían de ser los orientales, los hombres de las acuarelas sobre seda, y de las lacas, grandes fotógrafos?) y del montaje, aprendido y asimilado a la perfección en Hollywood, la actuación de los histriones sea voluntariamente tendente al expresionismo, con cierto resabio de los «No» o piezas antológicas de la literatura teatral japonesa, o de sus «kabuki» y «kiogen». Sin embargo, en cintas como «Rashomon», en que se habría podido prescindir de este expresionismo a que se alude, la voluntad de imponer un niponismo cinematográfico es de agradecer.

Ahora esperamos con auténtico interés las primeras recensiones de «Las puertas del Infierno», que es el segundo gran film japonés con que esos amarillos han encandilado a los grandes jurados de cine internacionales: ¡si «Rashomon» fué para Venecia «Las puertas del Infierno» — en color según nuestros informes — han llegado y vencido en Cannes.

Si en todas partes cuecen habas, éstas japonesas deben de ser, a juzgar por la opinión de los sibaritas, algo exquisito.

J. Vallverdú A.